

Antena detectora de naturalizaciones acríicas
Sobre el sujeto y la subjetividad. Apuntes a partir de un seminario de psicología social crítica en la UAM-Xochimilco*

About the subject and subjectivity. Notes from a seminar on critical social psychology at UAM-Xochimilco

Edgar M. Juárez-Salazar

**Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco (Ciudad de México)**

Resumen. El presente trabajo trata de problematizar algunas particularidades de la noción de sujeto y la subjetividad a partir de diversos cuestionamientos surgidos de un seminario de psicología social crítica impartido en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco en México. Se plantea, por principio, cuestionar algunas de las elaboraciones *psi* sobre el sujeto para aproximar una crítica al modelo biopsicosocial desde una perspectiva que cuestiona el lugar del sujeto en el discurso de la psicología. En un segundo momento, se busca precisar el sentido de la subjetividad en las investigaciones en psicología social cuestionando la noción de implicación y el rol del investigador al realizar sus investigaciones.

Palabras clave: implicación, metodología, psicología crítica, sujeto, subjetividad

Abstract. This article tries to problematize some particularities of the subject notion and subjectivity produced from a seminar of critical social psychology taught at Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco in Mexico. It is proposed, in a first moment, to question some of the *psi* elaborations on the subject in order to approximate a critique of the biopsychosocial model from a perspective that questions the place of the subject in the discourse of psychology. In a second moment, we seek to specify the meaning of subjectivity into research in social psychology by questioning the notion of implication and psychologist role in his researches.

Keywords: critical psychology, implication, methodology, subject, subjectivity

* El autor agradece públicamente a todos los asistentes al seminario por permitir, a partir de sus indagatorias, tener la materia prima para elaborar este texto. Asimismo, a Diego Bernal, Rafael Delgado y Carlos Jaimes por coordinar algunas sesiones del mismo.

Un mapeo general

A mediados del año 2017, entre los meses de mayo y julio se realizó un seminario denominado *Psicología Social Crítica* en las instalaciones de la Unidad Xochimilco de la Universidad Autónoma Metropolitana. A partir de algunas inquietudes, un tanto radicales de algunos asistentes a un seminario previo sobre intervención psicosocial, decidí proponer un seminario que, además de servir de recoveco a las expectativas generadas por su antecesor, pudiera empuñar una válvula de escape para mover algunas situaciones teóricas anquilosadas que se presentan en la contemporaneidad universitaria y en la psicología social no sólo de la Metropolitana en su Unidad Xochimilco sino también de forma general en la psicología social en México.

El *armado* del seminario cargó con un par de desvelos y una ingenuidad que se escapaba a la simple disposición de los textos que se propusieron para trabajar: ¡Cómo poder resumir o explicar la psicología crítica en once sesiones de tres horas cada una! Esta situación ya auguraba problemas para un pasaje organizado en tres módulos que tenían por únicas certezas: incidir, movilizar, cuestionar, radicalizar y desordenar lo pretendidamente ordenado que resulta la psicología académica en muchas ocasiones. Quizás, las ganas de hacer algo de bullicio podían otorgar más dudas que certezas. Con todo esto, la propuesta tenía nombre y cuando menos algunas finalidades. Entre estas últimas, la que más fascinaba era la de proponer nuevas ideas sobre los planteamientos de la psicología académica y también repensar algunos de los elementos orgánicos de la psicología contemporánea desde otras latitudes teóricas.

Evidentemente este esfuerzo no podía ser obra de una sola persona. Algunos cofrades se sumaron aleatoria y activamente para coordinar, desde una postura de autocrítica a sus posicionamientos teóricos, algunas sesiones del seminario. Esta inflexión supuso un reto que iba más allá de las líneas de nuestros propios desarrollos académicos, de nuestras dudas inconmensurables y de los postulados teóricos que nos construyeron como alumnos de la UAM-X. El seminario nos confrontó en los límites de las coyunturas teórico-prácticas en las que entendemos, desde nuestros procesos de investigación, la psicología social. No había, por lo tanto, sino un interés –o algunos– en común para intentar desarrollar indagatorias sobre los postulados en los que habitamos a la psicología.

Tal fue el caso de Diego Bernal que, desde una crítica a la *manicomialización*, propuso problematizar los métodos académicos que se ocupan de estudiar a la locura y, en paralelo, cuestionar la reproducción hasta el hastío de la figura del *loco* como sujeto de análisis psicológico. De igual forma, Rafael Delgado se aventuró firmemente a pensar la ciudad desde una lectura histórico-narrativa que escapara a los designios de los modelos arquitectónicos capitalistas que buscan domeñar los métodos en los que se habita y se vive la ciudad. Por último, Carlos Jaimes, decidió proponer una manera

de *negativizar* el positivismo psicológico a partir del concepto de lo real en la obra lacaniana con miras a encontrar, desde ésta, elementos teóricos para incordiar la *normalización psi*.

Así, el seminario poco a poco fue teniendo forma. Sin embargo, una inquietud no dejaba de rondar aquella propuesta. ¿Sería precisa la psicología social crítica en una universidad de las características de la UAM-X? Me preguntaba constantemente si era necesaria una crítica en un lugar que justamente, cuando menos en la historia de la psicología en México, era producto de una crítica particular a las psicologías hegemónicas. Una universidad que surgió, al igual que la psicología crítica, de la dualidad, de la incertidumbre social subversiva. Un lugar que partió de la necesidad de espacios para un modelo educativo diferente y, cuando menos en sus inicios, profundamente opuesto a los modelos imperantes en la educación superior en México. Dicho sea de paso, una universidad originada en un sexenio presidencial tan pretendidamente inclusivo y paradójico como el de Luis Echeverría Álvarez. ¿Cómo no estar inquieto ante tal desafío si esta universidad dio cabida a posiciones tan radicales y contrahegemónicas como las de Marie Langer y Armando Bauleo, y arropó las ideas del ex líder estudiantil Gilberto Guevara Niebla? ¿Cómo hacer crítica de la psicología en el lugar de las posiciones críticas de profesores como Enrique Guinsberg y Guillermo Delahanty y de tantos otros estudiantes y profesores que les continuaron?

Ante la afrenta y la responsabilidad histórica, un movimiento de relapso incitaba el viaje de la crítica. Abordar el tren de la historia a lo materialista, sin saber de donde viene ni a donde va, como señalaba Althusser (1992) en *El porvenir es largo*. De esta manera, y con la ayuda de las constantes indagatorias de los asistentes al seminario, surgieron algunas cuestiones que a continuación serán problematizadas. Los archivos no dejan de mostrar su incidencia en el presente y quizás por eso, por sus muertos que musitan radicalidad en los poros del más sólido concreto universitario, había que tomar una minúscula estafeta para recordarles y evocar muchas de sus letras que se han amurallado.

El sujeto en el plano psicosocial y político de la psicología

Una de las preguntas más desconcertantes en el seminario provino de una alumna que cuestionó lo siguiente: ¿Qué entiende la psicología crítica por sujeto y por subjetividad? Esta pregunta y su ulterior respuesta invocó un amplio debate dentro del seminario lo cual me incitó a reflexionar aún más sobre ella. Evidentemente, para resolver esta cuestión buscaré echar mano de nociones teóricas adyacentes para intentar sugerir algunas reflexiones o cuando menos un *bordeamiento* de la complejidad sujeto-subjetividad en el plano de un posicionamiento político paralelo a la condición crítica de la psicología. No es nuestra pretensión abarcar todo el campo de teorías sobre el sujeto y la subjetividad; por el contrario, pretendemos colocar elementos que sean de utilidad para quien intenta pensar desde la psicología crítica

estas cuestiones desde dos ejes que no se excluyen mutuamente: el político y el metodológico.

Por principio, no es posible admitir, para una posición de crítica a la psicología, que en ella pueda siquiera concebirse un sujeto ecléctico desde la interpretación y ulterior caracterización de un individuo biopsicosocial, como suele llamarse en muchos sitios con enorme influencia médico-psiquiátrica (George & Engel, 1980; Bradford, 2005). Con un afán cientificista de construir una *mirada holística e integradora* de la psicología hacia la atención médica psiquiátrica, ha sido posible que se construya una propuesta *ad hoc* a través del adjetivo *biopsicosocial* que termina anidándose en la psicología misma. Esta situación no hace sino descentrar al individuo de su capacidad de acción al pretender encasillarlo en una totalidad poco clara, pretendidamente inclusiva para su tratamiento y análisis y, sobre todo, con una secuencia sutilmente integradora que nulifica la sobredeterminación del sujeto y su entorno social, el poder y su itinerario político. Es, quizás, uno de los reductos que siguen atestiguando la imposibilidad de la psicología para escaparse de su contubernio con la ciencia médica normalizadora (véase, Canguilhem, 1966 y Foucault, 1953).

Al pensar al sujeto como *biopsicosocial* estaríamos echando por la borda, de entrada, toda distinción entre naturaleza y cultura y los vínculos superestructurales del sujeto con la economía, las disposiciones jurídico-políticas y la ideología. Y con esto, se pondría en tela de juicio que la psicología sea en sí misma social pues la aceptación de la insistencia del pensamiento *biologicista* nubla las particularidades indeterminadas de la conducta social de todo sujeto incluso a través de la *firmeza* de sus instituciones y su positividad. Continuar con la edificación de esta delgada y –pretendidamente coyuntural– línea nos haría seguir en la improductiva disyuntiva entre lo que es propiamente social y lo que es individual en las prácticas del sujeto; separando esta dualidad de su carácter político inmanente.

En el mismo sentido, la conjunción denominada *psicosocial* resulta, en muchas ocasiones, compleja; aunque puede encontrar matices singulares que le distingan de los abordajes *biologicistas* a partir de la concepción plural del sujeto y de lo subjetivo. La coyuntura de lo psicosocial parece circunscribir todavía al sujeto en dos visiones que tienen el mismo efecto de segmentación al ubicar polaridades: individuo-sociedad y la dicotomía psicológica-sociológica. En este sentido, para Frosh (2007), el “sujeto” es “posicionado en y a través de discursos en competencia”; propone, a su vez, “mantener fragmentada la visión” en torno al “sujeto” para evitar “producir narrativas integradas de la experiencia” en la investigación cualitativa y en la concepción del sujeto (pp. 29-30). La fragmentación de la entidad sujeto presenta pues una separación del canon del individualismo totalitario y, en paralelo, de todo relativismo en torno a lo social que hace posible visualizar las implicaciones éticas y políticas que conlleva cuestionar la noción de sujeto en tanto categoría.

Abordemos, en continuidad con lo anterior, uno de los elementos críticos más interesantes propuestos por los estudios psicosociales. Frosh y Baraitser (2008), aventuran que la división entre lo social y lo individual es necesariamente “hacer política”; de forma más precisa, lo psicosocial es un “modo contrario” de ubicar y producir la “política”, “una rebelión que afirma que no se puede tener uno sin el otro”, “que son significante y significado”, o modos paralelos y consecutivos en los que se puede “decir que son dos lados de la misma cosa” (p. 349).

Esta dualidad conjunta e indisoluble resulta insoslayable pues hace surgir el nivel crítico en el cual los estudios psicosociales desarrollan. Aún cuestionando la fiabilidad metodológica y su relativamente reciente aparición en el plano de la psicología, es posible precisar que los estudios psicosociales apostarían, cuando menos desde la perspectiva de Frosh y Baraitser (2008), por un método teórico-práctico en la que “la prioridad es la reflexividad”, encontrando en ella “una práctica interactiva crítica que está constantemente reflexionando sobre sí misma” y “sospechando de las producciones propias conocimiento” (p. 350). Los estudios psicosociales como metodología en emergencia resultan sumamente necesarios para la disposición de nuevas herramientas que alteren de forma radical los métodos de investigación y la realidad política de los sujetos (*véase* Pavón-Cuéllar y Orozco Guzmán, 2017; Rustin, 2014; Frosh, 2014 y Fernández Christlieb, 2011).

Paralelamente, el lugar de la sospecha hacia la concepción *totalizada* del sujeto no sólo pondría en suspenso las características científicas hegemónicas y reiterativas de los análisis psicológicos positivos sino también permite deshilar conceptos que pueden darse por sentados de manera ingenua. Así pues, las metodologías y los conceptos pueden ser desarmados, desconstruidos y cuestionados por la psicología crítica sin importar el área o la disciplina psicológica desde la cual se trabaje; partiendo de la “emergencia de una ética de la dimensión cualitativa” (Parker, 2005, p. 13), o mediante diversas metodologías propias de la “psicología” y de otras “ciencias sociales” (Emerson y Frosh, 2004, pp. 5-6). Al “desconstruir”, debe también “reconstruirse”, pues “una desconstrucción sin reconstrucción aparece como una desconstrucción estéril” (Pavón-Cuéllar, 2011, p. 59).

En este sentido, el cuestionamiento del sujeto implica, desde ya, un posicionamiento ético pues involucra el anudamiento del deseo del sujeto y su vínculo político y, a su vez, este vínculo es también productor de un cuestionamiento a las políticas positivas, mediadoras, neutralizantes y reguladoras de las prácticas psicológicas que se debaten entre la interioridad y exterioridad de la disciplina psicológica en sí misma. Como menciona Ian Parker (1999), “la psicología crítica debe ser móvil y táctica” en su construcción-radicalización entre el adentro y el afuera; esto se puede conseguir trazando un “mapa de los bordes” donde “el centro” debe ser “algo diferente” al dibujado por “los cartógrafos profesionales de la mente” (p. 10). El descenramiento es una constante necesaria; la posición crítica debe siempre estar

alerta para prevenir su propia *centralización* tanto teórica como metodológicamente.

De esta manera, la amplia veta de posicionamientos teóricos propuesta por los estudios psicosociales y por metodologías consecuentes con la realidad política y económica de los pueblos pueden ser un excelente medio por el cual se pueda discutir sobre los métodos de la psicología positiva buscando evitar dos de los vicios que denuncia Canguilhem (1966a) al mostrar, primeramente, a la psicología como una “filosofía sin rigor” y una “ética sin exigencia”; este primer punto, desde la matriz psicosocial, muestra que el abordaje teórico-práctico pone en suspenso a la “objetividad ecléctica” pues, cuando menos, el objeto de estudio de la psicología ya está acondicionado por una dualidad no parcializada. Y en su segundo término, la “ética sin exigencia” se vería constantemente confrontada por la insistencia para incidir en la presencia de una posición crítica y situacional ante la metodología de los estudios psicosociales mismos y de los estudios en psicología (p. 77).

Ciertamente, no todo posicionamiento crítico en psicología puede ser encontrado únicamente a través de los estudios psicosociales. Otro elemento fundamental de crítica hacia la epistemología de la psicología puede ser localizado en el mismo número de los *Cahiers pour l'analyse* donde ubicamos el texto de Canguilhem; a saber, la reflexión sobre la psicología social propuesta por Michel Pêcheux bajo el seudónimo de Thomas Herbert (1966); para el pensador francés, las “ciencias sociales”, cuando menos en el momento puntual de su escrito, consisten en “la aplicación de una técnica a la ideología de las relaciones sociales” que tiene en su “conjunto” la necesidad de atender y responder a “una demanda social” (pp. 156-157).

Centrémonos pues en la condición de aquello que se le demanda a la psicología en su estricto sentido social y, en cuanto tal, político. Es decir, los medios de los que se vale la psicología para reproducir las condiciones de los mecanismos ideológicos dominantes. Para Herbert (1966), la práctica técnica está en contubernio indisociable con la práctica política. No es posible, desde su perspectiva fundamentada en el pensamiento de Althusser, separarlas; en ellas reside la producción de una ideología dominante que solo puede ser transformada por una práctica ideológica que conlleve “una reflexión de la conciencia sobre sí misma” (pp. 142-143). En resumen, esto implica necesariamente que, para transformar la práctica ideológica en práctica teórica, se suscite una ruptura epistemológica. De este modo, la transformación de la práctica política involucra también un cambio en las relaciones sociales de producción y con esto, la producción de un conocimiento científico radical. La cuestión de la producción de conocimiento engloba también aquí a la psicología, y en particular a la psicología social, en un mecanismo de mera reproducción técnica que se anida en una acumulación de ideas en torno a una “práctica social global” pero que impide también trastocar los problemas sociales y estructurales que sustentan a estas prácticas.

En este punto, una de las propuestas políticas más interesantes de Herbert (1966) hace su incisiva aparición: “saca a la luz el núcleo ideológico en el todo complejo, en forma de discursos irregulares”, [...] “y apoyando una función determinada con respecto al complejo conjunto completo” (p. 163). En otras palabras, es a partir de los diversos pretendidos conocimientos acumulativos de la psicología donde podemos encontrar una distribución política e ideológica por la cual los designios de la ideología dominante distribuyen la organización política de los sujetos. En este sentido, la problemática ideológica parece precisar un conflicto en torno al entendimiento del sujeto pues los mecanismos ideológicos no sólo establecen un estándar de producción individual sino buscan desligar al sujeto de su relación en torno a sus funciones políticas; es decir, parecen limitar al sujeto a una reproducción ideológica que lo separa de las relaciones sociales de producción aunque él esté implicado en éstas, en su elaboración y en la transformación de la materialidad de los sujetos a partir de instrumentos políticos de control social.

En este sentido, Lucien Sève (1972) propone, desde una guía epistemológica fundada a partir del materialismo, que “la historia global de las ciencias del hombre atestigua que las condiciones del progreso del conocimiento verdadero nunca se reducen a su aspecto lógico, sino que abarcan también perspectivas prácticas y opciones ideológicas avanzadas” (p. 48). Éstas últimas serán el referente metodológico de transformación de las prácticas sociales desde las condiciones mismas en que las prácticas técnicas y sociales se reproducen a nivel de las relaciones sociales de producción y en su determinación antagónica focalizada, en última instancia, por la economía. El psicólogo debe, desde la perspectiva materialista de Sève, ejercer una “vigilancia” para contrarrestar los “viejos modos imperialistas de la filosofía dogmática”; apostando por no “subestimar” la “importancia científica del materialismo dialéctico” (p. 50). Con esto, el psicólogo no solamente rescataría el valor de la materialidad sino echaría a andar una maquinaria de interpretación-transformación de las condiciones concretas de existencia de los sujetos; una filosofía de la ciencia desde la dialéctica materialista.

Esto nos lleva, indudablemente, a proponer, como menciona Pêcheux (2014), que “el carácter nodalmente contradictorio de todo modo de producción reposa en una división de clases”; “cuyo ‘principio’ es ‘la lucha de clases’” y no una mera apariencia universalizada de conocimiento individual del sujeto o un contenido parcializado de su conciencia (p. 3). El sujeto es considerado por Pêcheux en los límites antagónicos de la lucha de clases y en una irresoluble salida de las dinámicas de la mercancía. No debe olvidarse, con esto, que la emergencia del sujeto está referida en cuanto a su exterioridad. La ideología es sólo una y tiene, al igual que el inconsciente, una posición *ahistórica*. Más allá de la condición interpelante de la ideología, el sujeto es en sus relaciones sociales de producción y también ocupa un lugar en ellas y sus demandas; en un estricto sentido político-ideológico y no puramente económico sino material.

En torno a esto, Butler (2001) identifica la “llamada” que realiza la “interpelación” *althusseriana* en los términos de “una receptividad” y “una vulnerabilidad ante la ley” que compromete de antemano al yo. Esto conlleva la aceptabilidad de determinada identidad sugerida por el espacio indecible ante la ley pero situado en el plano de la enunciación del sujeto y las vicisitudes del discurso. Es por esto, entonces, que es posible desconstruir la misma acción de la interpelación ideológica a partir de su misma clave, desde su núcleo organizacional. Añadiendo la propuesta de Derrida (1997), “la desconstrucción” es también “posible como una experiencia de lo imposible” en los mismos límites de la posibilidad (p. 36). Este margen de imposibilidad-posibilidad se encuentra en la ideología misma, en la práctica del sujeto y en los bordes que confrontan a éste con la ley y la normalización de sus prácticas.

Es preciso entonces mencionar que el sujeto de la psicología crítica debe ser situado en su dimensión material y política desde sus márgenes estructurales que no son precisamente totalitarios sino, usando la expresión de Lacan (1955, pp. 261-262), “covariantes” y no una “totalidad”. La psicología crítica no puede simplemente contentarse con esgrimir que lo personal es político; mucho menos puede tranquilizarse al producir técnicas (en muchas ocasiones llamadas dispositivos) para interpretar la realidad de los sujetos buscando consecuentemente ocupar un lugar en la realidad orgánica de las instituciones. Esto conlleva también una desconstrucción de los modos de organización ideológica de las instituciones políticas y sociales y también del sentido *traumático* de la organización de sus leyes. Los alcances de la relación entre el pensamiento lacaniano y la psicología social son amplios y proponen el uso de *categorías lacanianas* para pensar la emancipación de la psicología social como modelo crítico y político (véase, Parker, 2015; Hook, 2013 y Pavón-Cuéllar, 2006; 2010).

Subjetividad, cultura y metodologías

En este apartado nos gustaría puntualizar algunas sugerencias oportunas para tratar de posicionar ciertos elementos de crítica hacia los métodos de interpretación de las conductas y prácticas propias del sujeto y su subjetividad. Sin abarcar el amplio espectro de las metodologías, precisaremos algunos puntos clave que no pueden perderse de vista al momento de investigar la subjetividad. En este sentido, como señala atinadamente Maritza Montero (2010), la posición crítica en psicología “busca otros horizontes, yendo más allá de las explicaciones dadas modifica la perspectiva y desarma las construcciones teóricas o metodológicas”. Se sitúa y “ocupa el territorio de lo distinto”, aquello “que hace oposición no antitética, pero sí lógica, de las tesis dominantes” y con esto “introduce un elemento de contradicción en la totalidad dialéctica de un modo de hacer ciencia”. Esto no evoca producir “la antítesis de sus tesis, sino algo inesperado, novedoso y que desarrolla argumentos inusuales, distintos” (p. 180).

La posición crítica en psicología admite sus posibilidades desde que se muestra como una indagatoria ante lo hermético y lo ortodoxo. Acepta la indisoluble potencia de las coyunturas sociales y políticas y las incita cada vez más evitando regularlas. Desde una pluralidad aproximativa, promueve y da cabida a la radicalización mediante métodos situados “ética” y políticamente en contra del “individualismo” psicológico cognitivo y *mainstream* y su “funcionalidad” para el “capitalismo” (Parker, 2009, p. 73 y Arfken, 2015); cuestiona los establecimientos psicológicos reguladores de las dinámicas de la identidad para activarlas como factor político (Dashtipour, 2012); denunciando los vínculos paradójicos y entre las estructuras sociales y la psicología como expresión de la desigualdad (Martín-Baró, 1983) o posibilitando la emancipación de las comunidades oprimidas (Montero, 2004). Ella misma puede ser volátil y debe permanecer en la incidencia, en la “encrucijada”, como atina a posicionarla Athanasios Marvakis (2011). En otras palabras, la psicología crítica denuncia, desconstruye y reconstruye opciones desde el interior y desde el exterior de la psicología misma e incide en los modelos hegemónicos de la psicología y no puede conformarse, en lo absoluto, por ubicarse en una condición de pasividad.

La psicología crítica no puede sólo servirse de las movilizaciones sociales para adaptar sus métodos y su teoría. Debe proponerse ella misma como una revolución desde sus prácticas de modo paralelo a las transformaciones históricas y culturales. Para Parker (2010), “las revoluciones ponen patas arriba los saberes heredados” y esto necesariamente implica una transformación de las “categorías” por las cuales interpretamos nuestro mundo (p. 198). La visión transformadora de las revoluciones no involucra solamente una sorpresa ante lo nuevo sino radicaliza también los modos de entender las condiciones positivas de la actividad política del sujeto. Esto necesariamente transforma los modos en que se desarrolla la subjetividad y el cómo se interpretan y analizan las nuevas posibilidades. En este sentido, toda posición crítica ante la psicología no debe perder las coordenadas del eje histórico-cultural en el que emergen los saberes.

Frente a a lo anterior, debemos precisar que existe una larga tradición sobre la perspectiva histórico cultural de la subjetividad. Fernando González-Rey (2008) ubica este enfoque desde una disposición plenamente soviética, en particular desde los planteamientos de Leontiev y Vygotsky.¹ De entre los puntos que plantea el autor quisiéramos tomar uno en particular referente al sentido y la subjetividad: “el sentido subjetivo aparece como una producción psicológica que no es lineal ni directa en relación con el carácter objetivo de la experiencia” (p. 233). Y añade, que gracias a la producción del “sentido subjetivo, es posible una representación de la subjetividad en la que lo social y lo individual aparecen asociados de forma inseparable en su nivel subjetivo. Esta definición de subjetividad representa la especificidad

¹ Otro excelente ejemplo de la influencia de los trabajos de Vygotsky a la Psicología Crítica contemporánea es el trabajo propuesto por Newman y Holzman (1993).

de los procesos psíquicos humanos en las condiciones de la cultura” (p. 234). No habría, desde esta perspectiva, lugar para la univocidad del sentido. Esto nos lleva a sugerir que la creación e interpretación de sentido no es una condición de absoluta o potencia radical de autonomía, como llega a insistir Castoriadis (2008; 2013), sino producto de la azarosidad, del intercambio cultural indecible y dinámico y de las representaciones aleatorias de la realidad a partir del lenguaje y la cultura.

Con lo anterior, es entonces casi imposible producir una psicología autónoma y, por ende, una subjetividad representada en cánones de especificidades racionales o puramente cognitivas; mucho menos sería posible plantear una *psicología preventiva* que regule la subjetividad en las condiciones de la causa y el efecto. Algunos ejemplos contemporáneos dan cuenta de lo absurdo y relativo de conceptos como el estrés y en particular, la fragilidad de los análisis respecto a los mecanismos de resiliencia y control de las emociones. Estos puntos no dejan sino enormes e insalvables huecos desde la misma epistemología de sus desarrollos.

Por otra parte, la idea de sentido y sus relaciones con la subjetividad han sido problematizadas por la insistencia subversiva del psicoanálisis, en particular por los postulados de Jacques Lacan y sus posteriores exponentes y han trastocado los mecanismos por los cuales entendemos la *universalidad* de la ciencia. Más allá de rescatar la potencia subversiva de la retroacción en el sistema simbólico de la cultura y el lugar político del deseo quisiéramos recuperar la fortaleza de la idea del *au-sens* y su insistencia en el plano de la cultura. Como precisa Alenka Zupančič (2013), “el sujeto es el lugar donde una discontinuidad, una brecha, un disturbio o una mancha se inscribe en una cadena causal dada”; de esta manera, las denominadas *formaciones del inconsciente* logran producir un “sentido en el sin-sentido” (p. 49). El elemento discontinuo en la conformación del sentido solo puede presentarse, desde esta mirada, en el mero intercambio del trabajo, convertido en significativo como moneda de cambio en las formaciones del inconsciente. Al igual que el sueño y su trabajo; el chiste, el lapsus y el síntoma, muestran la capacidad de la ausencia del sentido para generar un sentido que altera las coordenadas de la subjetividad *positivizada*, esa con la que la ciencia moderna se contenta fácilmente pues “disciplina” a partir de la “humanización del poder” (Hook, 2007, p. 11).

En el plano político de las investigaciones científicas en psicología esta ausencia no hace sino mostrar la inconsistencia del *sentido psi* en todo aquello que pretende captar la regularidad de la subjetividad y su relación indisoluble entre lo imaginario y lo simbólico. Las insistencias de la ausencia de sentido, allegadas al orden del registro de lo real, sirven para desordenar la cadena de significación y producir una resistencia a la simbolización misma; una fuerza sincrónica de fuerza tal que altera el encadenamiento diacrónico de los significantes. Incluso el mismo Freud (1927), en el *Porvenir de una ilusión*, insistía ya en la resistencia del sujeto hacia su ordenamiento

“cultural” y a las “hostilidades” propiciadas por la cultura (p. 10); lo que supone, desde ya, una singular insistencia de lo real sobre el sistema simbólico. En esta materia, el aporte del psicoanálisis lacaniano resulta fundamental para pensar en una subversión del sujeto desde el orden de lo real que insiste y resiste al desorganizar lo universalmente ordenado.

Desde el punto anterior es posible hacer emerger otra problemática al interior de la psicología. Esta resulta, sin ambages, de la categoría de sujeto que tiende a emparentarse constantemente con la noción de subjetividad y que conlleva problemas epistémicos y de intervención psicológica en demasía complicados. Dado que el desarrollo interpretativo de la psicología tropieza frecuentemente con la forma de entender al sujeto que investiga y al sujeto investigado, no es baladí sugerir que esta disyuntiva puede acarrear efectos normalizadores e incluso fundamentar una *hospitalidad* psicológica que sólo consigue, en muchos de los casos, cristalizar los esfuerzos capitalistas por la autorregulación de los sujetos con una fuerte influencia de los mecanismos interpretativos de la psicología. Nos centramos aquí en la idea de subjetividad y en su proyección al momento de investigar desde las prácticas psicológicas.

Ian Parker (2015a) detecta, en la posición cualitativa de muchas de las investigaciones psicológicas, una perspectiva “positiva” de construcción de los sujetos investigados por la psicología pues se les trata de construir en una “oposición” pretendidamente “neutral” en aras de la creación de “objetividad” por parte del investigador. Para el mismo Parker este fenómeno puede ser rastreado a partir de una cientificista división entre “subjetividad” como parte de lo “individual” y lo “objetivo” como parte de lo “social” (pp. 12-14). Como si se tratase de dos elementos separados, la investigación de la subjetividad parece ser desplazada por los enfoques mecánicos de la objetividad científica comúnmente validados por esta sutil dicotomía.

Desde esta perspectiva, el sujeto y la subjetividad son parte integral del todo social estudiado por la psicología y no una separación mística, biológica o científica. De suerte que la dicotomía entre subjetividad y objetividad produce efectos de interpretación que se posicionan como aislantes de las conductas colectivas concretas y articulan los lugares en los que el sujeto se encuentra al momento de trabajar desde la psicología crítica. Esto nos lleva a pensar al sujeto en una posición de agente y no simplemente como un objeto de estudio cada vez más objetivable.

A través de la fuerte influencia del pensamiento de Marx, el psicólogo Klaus Holzkamp (2015) sugiere que “la situación psíquica subjetiva no se puede transformar solo a través del psiquismo”, es preciso que el sujeto sea reconocido a partir de su “capacidad de acción” que está necesariamente ligada a “otros individuos” (pp. 64-65). Esta capacidad no puede solo ser referida a las condiciones individuales o “internas” del sujeto. De esta manera, la subjetividad es en sí misma ya una implicación con el entorno que

pretende analizar puesto que no puede separarse al investigador de las relaciones sociales en las que convive y las que le hacen producir investigaciones. Es el desarrollo dinámico y colectivo de los sujetos el único medio de transformación de la realidad y, por lo tanto, desde nuestro punto de vista, la noción de implicación no puede ser solamente utilizada como un punto regulador entre el sujeto investigador y su objeto de estudio sino como una multiplicidad de emergencias.

Sin embargo, esta multiplicidad no puede ser reflexionada como puro hecho cognitivo enclaustrado en los límites del investigador y su objeto en lógicas de “convenio o conveniencia” como ha sido planteado por Devereux (1977, p. 62). En el caso particular del análisis institucional, la categoría de implicación toma una relevancia sustancial, aunque no deja de resultar problemática. Para Rene Lourau (1991), la implicación es producida y está regulada en los estándares de las instituciones; es el “nudo de relaciones” que puede ser pensada desde lo “individual” y lo “colectivo” más allá de la bondad (“uso voluntarista”) o la maldad (“uso jurídico, policiaco”) en los linderos institucionales. Pero ¿No parecen estos discursos seguir sosteniendo una pretendida neutralidad activa de las instituciones? ¿No sirven estos discursos para disimular u ocultar la imposibilidad de la positivización de las prácticas sociales de las instituciones? (*cfr.* González, 2002; Manero, 1990; 2012).

No obstante, en las aproximaciones del pensador francés, aún quedan señuelos de una construcción paradigmática y regulada del sujeto investigador como implicado. Para comprender ese resto indisoluble, Lourau invoca el concepto de sobreimplicación donde recaen todos los armados ideológico-institucionales que limitan a la implicación y buscan *forzar* su activismo radical. Es preciso, entonces, cuestionar las condiciones pretendidamente subjetivas que ya están enclaustradas en la sobreimplicación, tales como las relaciones institucionales en reciprocidad con la subjetividad, la construcción del objeto y la producción de conocimiento y su escritura, etcétera (*véase*, Lourau, 1997).

Pero, quizás, en todo el entramado de implicaciones, el caso más paradigmático sea la conversión de los afectos identificados en la figura del investigador para ulteriormente ser revisitados en la postura psicológica de las emociones y su regulación. Condiciones comúnmente excusadas en una *ética del psicólogo* de corte profundamente neoliberal, positivo y moralizador. Elementos emocionales que regulan no sólo a los psicólogos sino que construyen, al mismo tiempo, a las emociones y el control que producen éstas en los sujetos. Este trazado se encuentra en los límites de la subjetividad contemporánea como piezas claves de conformidad, sumisión y regulación; esto ha sido analizado ya por Eva Illouz (2007; 2010) en cuanto a las dinámicas distributivas y reguladoras del capitalismo, a partir de unas técnicas de *salvación* del alma moderna.

Con estos datos, la implicación debe, desde nuestro punto de vista, ser localizada como un agente multidiverso y contingente; cuando más, debe servir como vehículo de problematización y agudización de la contingencia por ser ésta un medio de radicalidad negativa sobre la positivización de las prácticas institucionales. Como señala González-Rey (1994), “todo fenómeno social es un objeto válido de la psicología social siempre y cuando se analice desde su implicación para el desarrollo de la subjetividad en los distintos niveles que en que éste se organiza dentro de una sociedad” (p. 167). Se trata pues de una resistencia al instrumentalismo psicológico que captura las metodologías por las cuales pensamos a la subjetividad en el plano social y de la psicología desde una posición contrahegemónica.

Como corolario anti-hegemónico, sirvan las palabras de Flores-Osorio (2011) para quien “el discurso psicologista” es el primero en “negar la posibilidad científica de subvertir del orden del pensamiento hegemónico pues orienta el quehacer de los investigadores hacia la recodificación de lo ya codificado”; estas limitantes, desde su perspectiva, “impide la definición de lo psicológico más allá de los hechos y limita la práctica a la realización de tareas emergentes y superficiales con respecto a la persona” (pp. 117-118). Añadiríamos que para subvertir el orden debemos encontrar el desorden en las mismas coordenadas que producen las normalizaciones y las leyes que hacen conducir al sujeto. Y es necesario también convocar a la “interpelación” como “proyecto de sistematización de la experiencia comunitaria” que devenga en una “praxis de transformación orientada a cambiar las estructuras de injusticia y a formar a los hombres y a las mujeres que habrán de concretar el otro-mundo-posible” (Flores-Osorio, 2017, p. 78)

Sirva pues este texto como intento para incentivar la crítica y la deslocalización de las ataduras e imposturas de las prácticas psicológicas en el mundo académico contemporáneo. No somos, afortunadamente, los únicos portavoces para denunciar las prácticas homogéneas y reguladas de la psicología. Tratamos, a partir del seminario, de producir nuevos lugares para la reflexión que no sean sólo administrados como eventos escuetos o intentos ingenuos por producir una radicalización de la psicología. El camino es sin duda largo y no en un sentido cronológico. Los mecanismos de retroacción en el devenir de nuestra psicología seguirán dando nuevas claves para precisarnos allí en la ruptura misma, generarla, llenarla de más contradicción. Por lo que vendrá, el precedente debe insistir y horadar la psicología que estamos construyendo. Desconstruir la psicología es una tarea incesante y necesaria, pero lo es también evitar la paulatina y constante psicologización del mundo pues en ella radica uno de los frenos fundamentales para la emancipación de la psicología en sí misma y de los sujetos.

Referencias

- Althusser, L. (1992). *El porvenir es largo*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Arfken, M. (2015). Cognitive Psychology: from the bourgeois individual to class struggle. En I. Parker (Ed.), *Handbook of Critical Psychology* (págs. 24-32). London: Routledge.
- Bradford, D. (2005). The Biopsychosocial Approach: Past, Present, and Future. *Psychiatric Services*, 56 (11), 1466-1467.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder*. Valencia: Cátedra-PUV.
- Canguilhem G. (1966) *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI, 2011.
- Canguilhem, G. (1966a). Qu'est-ce que la Psychologie?. *Cahiers pour l'Analyse*, 75-91.
- Castoriadis, C. (2008). *El mundo fragmentado*. La Plata: Terramar.
- Castoriadis, C. (2014). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Dashtipour, P. (2012). *Social Identity in Question: Construction, Subjectivity and Critique (Concepts for Critical Psychology)*. London: Routledge.
- Derrida, J. (1997). *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Tecnos.
- Devereux, G. (1977). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI.
- Emerson, P., y Frosh, S. (2004). *Critical Narrative Analysis in Psychology*. London: Palgrave Macmillan.
- Flores-Osorio, J. M. (2011). Interpelación al discurso psicologista hegemónico. *Teoría y Crítica de la Psicología* (1), 111-121.
- Flores-Osorio, J. M. (2017). Hegemonía y contra-hegemonía del pensamiento psicosocial latinoamericano. En D. Pavón-Cuéllar (Coord.), *Capitalismo y psicología crítica en Latinoamérica: Del sometimiento neocolonial a la emancipación de subjetividades emergentes* (págs. 71-90). México: Kanankil.
- Fernández Christlieb, P. (2011). Lo psicosocial. En A. Ovejero, & J. Ramos (Coords.), *Psicología social crítica* (págs. 48-57). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Foucault, M. (1953). *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI, 2004.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. XXI, págs. 1-55). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- Frosh, S. (2007). Desintegrando la investigación cualitativa. En I. Parker, & D. Pavón-Cuéllar (Coords.), *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual* (págs. 25-36). México: Plaza y Valdes.
- Frosh, S. (2014). The Nature of the Psychosocial: Debates from Studies in the Psychosocial. *Journal of Psycho-Social Studies*, 159-169.
- Frosh, S., y Baraitser, L. (2008). Psychoanalysis and Psychosocial Studies. *Psychoanalysis, Culture & Society* (13), 346-365.
- George, L., & Engel, M. D. (1980). The clinical application of the biopsychosocial model. *The American Journal of Psychiatry* (5), 535-544.
- González, F. M. (2002). Análisis institucional y socioanálisis. *Tramas* (18-19), 51-72.
- González-Rey, F. (1994). Personalidad, sujeto y psicología social. En M. Montero (Coord.), *Construcción y crítica de la psicología social* (págs. 149-176). Barcelona: Anthropos.
- González-Rey, F. (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 4 (2), 225-243.
- Herbert, T. (1966). Réflexions sur la situation théorique des sciences sociales et, spécialement, de la psychologie sociale. *Cahiers pour l'analyse*, 137-165.
- Holzkamp, K. (2015). *Ciencia marxista del sujeto. Una introducción a la psicología crítica*. Madrid: La oveja roja.
- Hook, D. (2007). *Foucault, Psychology and the Analytics of Power*. London: Palgrave Macmillan.
- Hook, D. (2013). *Introduction to Critical Psychology*. Lansdowne: Juta.
- Illouz, E. (2007). *Identidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz Editores.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Madrid: Katz Editores.
- Lacan, J. (1955). *El Seminario Libro III Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lourau, R. (1991). *Implicación y sobreimplicación. El Espacio institucional. La dimensión institucional de las prácticas sociales*. Buenos Aires: Inédito.
- Lourau, R. (1997). *Implication transduction. Exploration interculturelle et science sociale*. Paris: Anthropos.
- Manero, R. (2012). El devenir del socioanálisis. *Tramas* (37), 215-240.
- Manero, R. (1990). Introducción al análisis institucional. *Tramas* (1), 121-157.

- Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología. Psicología Social desde Centroamérica*. El Salvador: UCA Editores.
- Marvakis, A. (2011). La psicología (crítica) permanentemente en la encrucijada: sirvientes del poder y herramientas para la emancipación. *Teoría y Crítica de la Psicología* (1), 122-130.
- Montero, M. (2010). Crítica, autocrítica y construcción de teoría en la psicología social latinoamericana. *Revista Colombiana de Psicología*, 19 (2), 177-191.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.
- Newman, F., y Holzman, L. (1993). *Lev Vygotsky: Revolutionary Scientist*. London: Routledge.
- Parker, I. (1999). Critical psychology: critical links. *Annual Review of Critical Psychology*, 1 (1), 3-18.
- Parker, I. (2005). *Qualitative Psychology: Introducing Radical Research*. London: McGraw-Hill.
- Parker, I. (2009). Critical Psychology and Revolutionary Marxism. *Theory & Psychology*, 71-92.
- Parker, I. (2010). *La psicología como ideología*. Madrid: Catarata.
- Parker, I. (2015). *Psychology After Psychoanalysis*. London: Routledge.
- Parker, I. (2015a). *Psychology After Deconstruction*. London: Routledge.
- Pavón-Cuéllar, D. (2006). *La révolution-m'être. Notions lacaniennes appliquées à l'analyse de discours en psychologie sociale*. Paris: Psychophores.
- Pavón-Cuéllar, D. (2010). *From the Conscious Interior to an Exterior Unconscious*. London: Karnac.
- Pavón-Cuéllar, D. (2011). La psicología crítica de Ian Parker: análisis de discurso, marxismo trotskista y psicoanálisis lacaniano. *Teoría y Crítica de la Psicología*, 56-82.
- Pavón-Cuéllar, D., & Orozco Guzmán, M. (2017). Estudios psicosociales: entre el psicoanálisis, la psicología crítica y todo lo demás. *Polis*, 13 (2), 139-163.
- Pêcheux, M. (2014). ¡Osar pensar y osar rebelarse! Ideologías, marxismo, lucha de clases. *Décalages*, 1 (4), 1-24.
- Rustin, M. (2014). Psycho-social Studies: transitional space or new discipline? *Journal of Psycho-Social Studies*, 8 (1), 197-204.
- Sève, L. (1972). *Marxismo y teoría de la personalidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Zupančič, A. (2013). *¿Por qué el psicoanálisis?*. México: Paradiso.